

salta, la barrida en gran escala de empleados públicos y hasta es posible que se daría un desborde de odios materiales contra algunas figuras que más trabajaron por una pulverización del radicalismo. Hacia esta solución navega el círculo presidencial, algún sector del ejército y la burguesía mercantilista a quienes no convienen situaciones de caos revolucionario.

Bien distinta sería la situación si la anomalía se prolonga. Cada mes que pasa, coloca a la masa radical, sobre todo a los grupos jóvenes, en una situación más levantisca. Mucha gente ha sido alcanzada severamente por la depresión económica y vive desde hace largo tiempo en condiciones precarias. Las importantes masas obreras y la burguesía declasada presionan el giro que toma la política partidaria.

La literatura radical es un indicio de que los reveses no han pasado sin dejar huellas. En publicaciones de esta Capital se habla del "proletariado en nuevos fundamentos económicos del radicalismo". Se habla del "privilegio y de la iniqua explotación del hombre por el hombre"; del "imperialismo económico, generador de pueblos pauperizados y sostenedores del privilegio de una clase social generada por el capitalismo"; de "la burguesía que, tomando en sus manos los útiles y medios de producción, los usa para crear ganancias a beneficio exclusivo de su clase, a la que se suma la nobleza, el clero y demás castas sostenedoras del privilegio".

A la vista de este proceso transformador no es posible que los partidos proletarios se reduzcan a simples espectadores. Hacerlo así implica, el peligro de que la penuria social se desvíe en demagogías. La falta de una idea correcta de las relaciones económico-políticas del mundo y de la sociedad argentina puede llevar a los radicales a un extremismo declamatorio que a la postre desemboca siempre en el fascismo.

Miradas así las cosas, no están mal fundados los temores que ven en la desarticulación del radicalismo el semillero de futuras fuerzas fascistas.

Ciertamente; hay un considerable grupo de gente que aspira a algo más que a un traspaso del poder de la oligarquía conservadora a los radicales. Acaso no sean pocos los que en sus especulaciones llegan a establecer contactos espirituales con la izquierda marxista. La idea del alzamiento armado anima a muchos grupos como objetivo concreto; y aun cuando los propósitos revolucionarios han recibido varias duchas frías, no cabe descartar la posibilidad de que una política de fuerza, de arriba, se vería contestada con violentas agitaciones de abajo.

La inclinación revolucionaria ha sido aplacada un tanto por las declaraciones conciliadoras de la plana mayor y por la relativa tolerancia que preside las relaciones entre gobernantes y masas radicales. Pero al efecto no hay que olvidar que el país no se halla ahora ante ninguna jornada política que pueda servir a los radicales de trampolín para el poder. Con absoluta certeza se puede predecir que el día en que se actualice la reaparición de los radicales,

Al levantar las autoridades centrales del radicalismo la abstención, lo hicieron sin grandes ilusiones. En la mayoría de las declaraciones aparece un fuerte escepticismo sobre los futuros acontecimientos.

habrá lloos, coacciones y violencias a granel. La disposición levantisca de los radicales puede producir entonces un clima prerrevolucionario de extraordinarios alcances para los destinos políticos del país. Chile, Cuba, Méjico y Perú nos ofrecen, al efecto, indicios de que los partidos proletarios de contextura marxista no pueden contemplar con indiferencia la anarquización de los partidos burgueses. En momentos de agitación aguda se producen desprendimientos del ala extrema que son susceptibles de una impregnación ideológica marxista.

Llevar los abstractos devaneos de la burguesía desclasada y desorientada hacia un plan de acción metódico y con finalidades verdaderamente revolucionarias, es la tarea que incumbe como objetivo concreto a la izquierda socialista. Los puntos de vista de Lenin, enunciados ya en 1903, sobre la materia, tienen valor de actualidad ante la radicalización de grandes estratos populares que siguen a las fracciones de la burguesía. Atraerlos en los instantes que marcan un período de crisis del aparato estadual y hacerlos servir la causa del proletariado, es tarea que no se debe perder de vista. Toda inquietud revolucionaria de tales sectores entraña dos posibilidades diametralmente opuestas. Si no se les comunica un contenido socialista claro, corren el peligro de finiquitar su proceso como un instrumento activista de la reacción; si en cambio, se contribuye en la fenomenología revolucionaria burguesa con el material teórico y táctico del socialismo marxista, hay la perspectiva de evitar diques de contención que la sociedad capitalista levanta en todas partes para desviar el instintivo afán revolucionario de las masas.

La difusión de la idea de las clases es el aporte más urgente. Los grupos radicales de la izquierda deben ser influenciados con el concepto de la lucha de clases, para que la energía social producida por la descomposición se condense en una pretensión revolucionaria de los explotados contra los explotadores. Contra todos los explotadores y con especialidad contra los de las propias filas, por cuanto éstos son la más seria amenaza para que el ardor revolucionario no se esterilice en un régimen de distinta nomenclatura, pero de idéntica o peor opresión de las masas trabajadoras.

A su vez es de urgencia la destrucción de concepciones ingenuas como la de una "democracia social" bajo la égida de un régimen económico capitalista. Y no menos importante es la tarea de contribuir para que los sectores revolucionarios de la burguesía se libren de la ficticia salida nacionalista. El radicalismo arroja a la superficie de su política elementos sociales de elevado dinamismo; fortalecerlos en cuanto apoyan la causa de los explotados, impregnarlos de la noción de que sólo la reintegración de los medios de producción a las masas obreras es una efectiva solución, y familiarizarlos con que sólo la dictadura del proletariado puede destruir el poder económico y político de la reacción; he aquí tareas que esperan a la izquierda revolucionaria socialista.

Con o sin abstención seguirán, pues, las violencias. Con cada una de ellas aumentará, por otra parte, la agitación del radicalismo y su inclinación a buscar las soluciones por otros cauces que los legales.

Algunas fuerzas de la burguesía sudamericana, tales como en Chile, Brasil, Perú y Cuba, demuestran las grandes energías revolucionarias que produce la crisis de los partidos de la clase media. En Cuba se ha logrado comunicar a esos desprendimientos revolucionarios un alto espíritu clasista. Desengañados por las experiencias de la agitación antimachadista, colocan hoy grandes sectores socialmente intermedios la meta de sus aspiraciones más allá de una suplantación de Batista o un derrocamiento de Mendieta. No es sino así como se explica la intensidad y número de focos rebeldes. El movimiento alrededor de Guiteras, ex-ministro de Grau San Martín, cobra los relieves de una lucha de clase contra clase, de aspiración socialista contra régimen capitalista.

La división evidente del Aprismo peruano en un frente nacionalista y otro de inclinación más bien proletaria es también un antecedente valioso del giro que puede tomar en la Argentina la disolución del último gran partido de la burguesía.

Si bien es cierto que la política de este país irá en razón de su diferente economía por un proceso de descomposición menos acelerado, hay vehementes indicios que las resultantes finales no serán muy distintos. Forzosamente habrá de aparecer una mayor desconformidad y disposición levantisca en los radicales. No es muy aventurada la comparación de los que establecen equivalencias políticas de nuestro momento y los que procederían a la eliminación de Sánchez Cerro, Machado o Ibáñez. Con una mayor agudización de las luchas se actualiza pues la cuestión de ahorrar a nuestro país las etapas dolorosas y en parte negativas que van, por ejemplo de Machado a Mendieta y Batista.

En los partidos proletarios está que la crisis del radicalismo se impregne de los elementos de la lucha de clases, de la oposición al imperialismo, de la revolución por una economía socialista y por el triunfo de la clase explotada sobre sus explotadores. Esto se puede lograr solamente con la agitación de la mayor cantidad posible de opinión pública alrededor de aspiraciones socialistas fundamentales. El grave peligro consiste precisamente que en que el radicalismo puede hallar fórmulas verbalistas y declaraciones políticas más revolucionarias que nuestro apego en una democracia en que nadie cree. Los primeros efectos de esta falsa posición ya los estamos recojiendo; están en la disminuida adhesión de las masas a nuestra acción partidaria. No sería extraño que pronto tengamos que comprobar esto en la Capital donde, con la concurrencia de los radicales, habremos de luchar por la minoría; y conste que nos referimos al único punto de la República en que todavía se podrá contar con algún regular funcionamiento del aparato eleccionario.

Se equivocan a fondo los que creen que al graduar nuestra acción partidaria de acuerdo con la amenaza de los gobernantes sobrelevaremos mejor las agitaciones políticas del futuro. Se equi-

vocan también los que creen que acondicionando al socialismo con un modesto nimbo de nacionalismo y tolerancia religiosa habrán de hallar la fórmula para capear los inevitables temporales. Todo esto no son más que anteojeras a la clase obrera; y perspectivas de que una demagogía desenfrenada de la burguesía en pánico nos birla las últimas posibilidades.

Quien puede dudar que en cuanto a rabioso nacionalismo no podremos nunca competir con ciertos hombres del radicalismo. Fuera de duda está que el nacionalismo sólo no lo hace, pero con un aditamento de reclamacionesseudorrevolucionarias en materia social y económica habremos de ser los preparadores, espectadores y víctimas del primer gran intento de formalizar la aparición de un gobierno fascista en la Argentina.

Hemos oído últimamente declaración radicales sobre el problema agrario que irradian por fuerza más sugestión sobre la masa pauperizada de los campos argentinos. Otro tanto vale de su posición — sincera o no, esto no viene ahora al caso — con respecto de los capitales que el imperialismo tiene invertido en ferrocarriles, frigoríficos, usinas y bancos.

Ante tremendas posibilidades como las enunciadas es evidente que nuestra actitud no puede ser de pasividad contemplativa. Si nosotros no nos aprestamos a hacer la historia, existe la certeza que la harán otros; que la harán a su manera; para los secretos intereses que mueven el complicado ajeteo de la demagogía burguesa; y que, finalmente, nosotros, nos veremos obligados a sufrir la manera como se hará esa historia.

Una lijera valoración del panorama económico-político nos deberá convencer que la fuente dinámica del proceso transformador de la sociedad debe estar en nosotros. Que estará en nosotros si nos aferramos a los fundamentales puntos de vista del socialismo revolucionario. De otra manera contaremos entre los rezagados y daremos lugar a que las inquietudes de las masas sean captadas por la instancia más temible; temible por lo mismo que le faltará toda orientación precisa para liquidar el drama de la hora actual con la total liquidación de la economía capitalista.